

Lo que sea de cada quien Queremos tanto a Tito

Vicente Leñero

Siempre que escribo frases como *Álex rió para sus adentros* me acuerdo de Tito Monterroso.

También me acuerdo de él cuando visito Casa de América, en Madrid, donde el salón de la mera entrada presume su nombre. Es un salón modesto y pequeño. Como físicamente modesto y pequeño era él. Como pequeños eran sus libros. Como pequeña, delgada, era su voz.

También me acuerdo de Tito cuando veo esa foto que ilustra la contraportada de *La oveja negra* en la edición de Joaquín Mortiz. Ahí está Monterroso, sentado a su mesa, con los brazos acodados y las manos hechas puño empotradas a su boca y mentón: concentrado frente a la máquina de escribir y la maldita página en blanco trepando por el rodillo. “Me gusta esa foto —decía— porque es la imagen elocuente de un escritor como yo que vive la mayor parte de su tiempo sin poder escribir”.

También pienso en Tito cuando oigo chascarrillos y chismes de los colegas. Y lo veo encender sus ojitos de canica. Y soltar su risita sardónica. Y moverse como un duende.

Se cambiaba de casa a cada rato. De su departamento en la calle del Factor, cerca del teatro Insurgentes... a la casa en Tres Cruces que le vendió barata a Javier Laborde... a la calle Xicoténcatl de donde salía para animar o desanimar a los alumnos de su taller en la capilla Alfonsina: Marco Antonio Campos, Agustín Monsreal, Juan Villoro, Álvaro Uribe, Carlos Chimal... a su último departamento con Barbarita a espaldas de Los Viveros.

Quienes batallábamos para publicar en los años sesenta (José Emilio, Garibay, Ibarregüengoitia, José Agustín, Gustavo Sainz...)

nos topábamos con él en la oficina de Joaquín Díez-Canedo. Colaboraba de *freelance* como corrector de estilo. Un corrector de lujo: puntilloso y preciso. Quitaba comas, ponía acentos, suprimía adjetivos, enderezaba concordancias verbales. Él tardó en publicar ahí —y lo hizo a insistencias de Joaquín— *La oveja negra*, *Movimiento perpetuo*, *Lo demás es silencio*. Por eso, porque había sido su impulsor, Joaquín se molestó con Tito —y hasta se quitaron el habla por un tiempo— cuando editores alevosos se lo robaron de Mortiz para publicarlo y republicarlo en otras firmas.

Un día de 1965, Joaquín me entregó las pruebas de plana de *Estudio Q* celosamente revisadas por Monterroso. “Fíjese bien en las correcciones que le hizo —me dijo Joaquín— para que vaya aprendiendo a escribir con propiedad”.

Mucho aprendí, desde luego, y me avergoncé de mis burradas, y le agradecí lo que Tito calificaba modestamente de “sugerencias” aunque no eran sino destellos de buen estilo, purgas implacables contra lo superfluo. Con sus arteras modificaciones se abrillantaban mis frases, se convertían en hallazgos mis errores.

Una de las correcciones de Tito, sin embargo, me asombró aquella vez. Me hizo sentir —con soterrado ánimo vengativo hacia el perfecto corrector— que el purista se había equivocado al fin. Yo había escrito: *Álex rio para sus adentros*, y Tito había añadido un acento al verbo: *Álex rió para sus adentros*.

Lo confronté de inmediato:

—Corregiste mal, Tito. *Rio* no lleva acento. Es un monosílabo. La vocal débil (i) hace diptongo con la vocal fuerte (o) —por primera y única vez yo me sentía ahora el

sabio—. Sólo en el sustantivo *rio*, o en el presente de *retir*, se pone el acento en la *i* para romper el diptongo, ¿qué no?

Me miró con sorna. Luego se inclinó hacia la prueba de página mientras yo insistía, prepotente:

—Cuando puse *Álex vio a su compañero* tú no acentuaste el *via*. Es el mismo caso.

—*Rió* lleva acento —dijo Tito con firmeza.

—¿Pero por qué?

—Porque sí. Porque *rió* siempre lleva acento. Porque así es.

—Pero está mal.

—Estará mal, pero lleva acento. Ni modo. Lleva acento. No es cuestión de reglas sino de que así es. —Me dio la espalda y escapó de la oficina.

Fue evidente para mí que Tito reconocía mi argumento, pero su orgullo de corrector intachable lo impedía a no dar su brazo a torcer.

Cuando me quedé a solas frente a la prueba de plana con el *rió* acentuado, dudé varios segundos en modificar la errata de Tito. No lo hice finalmente. La respeté.

Desde entonces, en honor a él, por la



Augusto Monterroso